

XII
EL TRABAJO SOCIALMENTE NECESARIO Y EL
TIEMPO DE REPRODUCCION SOCIALMENTE MEDIO

1. t.s.n. = trabajo socialmente necesario.
t.r.s.m. = tiempo de reproducción socialmente medio

Si se estudia la categoría del t.s.n. más de cerca, se nota como se confunden dos hechos completamente distintos. Por un lado, se constata simplemente en la realidad que un determinado trabajo satisface cierta necesidad social y por esto es socialmente necesario; y por otro, se quiere expresar un elemento aritmético. Así, Kautsky habla del t.s.n. contenido en un producto «desde su comienzo hasta su acabado, junto a los transportes y otras operaciones colaterales» (*op. cit.*, p. 318), y que no puede ser valorado ni siquiera con «el más gigantesco y completo aparato estadístico» (*op. cit.*, p. 321). El cálculo del t.s.n. es teóricamente posible, pero no es realizable prácticamente: por tanto esta categoría, en el sentido aritmético que le atribuye Kautsky es rechazada.

También Varga considera el t.s.n. como algo aritmético. El pretende expresar esto, incluso en el nombre que da al concepto, al hablar de «precio de los costos sociales de producción». «Este comprende el precio de los costos de la producción, más un plus suficiente para cubrir los costos de subsistencia de quienes no trabajan, más otro plus que haga posible la acumulación real. Esta es la solución de principio». (Subrayado de Varga, *op. cit.* p. 147).

Esta solución de principio es atractiva en verdad. Esquemáticamente la «fórmula de los costos de producción» de Varga, se obtiene

$$(MP + MAT. PR) + FT + T. S. G. + AC.$$

Lo malo es que Varga no dice, cómo deben ser determinados los pluses correspondientes a las empresas por TSG y a la acumulación, y en qué medida piensa relacionarlos. Por esto, no se puede estudiar mejor la fórmula. En general, se nota que existen las mismas dificultades que con Kautsky, y que para la realización de esta «fórmula de los costos de producción» sería necesaria una mente gigante; en otras palabras, esto quiere decir que esta «fórmula de los costos de producción» es completamente absurda. Por eso no debemos maravillarnos de que tal «solución mejor» no haya podido encontrar ningún uso en Hungría y que la práctica haya decidido de otro modo. La *política de precios* vino a sustituir a la *fórmula de los costos de producción*, y con esto constatamos que también en este caso la categoría de los costos sociales de producción debe ser rechazada como *inutilizable*.

Está claro que los economistas han hecho del t.s.n. un concepto muy amplio, y que en general no han incluido en el cálculo del t.s.n. (Varga) los gastos generales de la dirección ligada a la producción (v. *Randglossen* en la crítica de los programas, p. 24). Si acaso se considera solamente el producto social acabado y se confunden los distintos tiempos de producción de cientos de productos acabados (Kautsky). Efectivamente la categoría de t.s.n. no se puede utilizar en la fórmula arriba citada. De hecho todo el trabajo de producción y distribución es socialmente necesario y debe por tanto ser reproducido. Por ello, la solución sólo puede ser que cada grupo económico se reproduzca, con lo que todo el t.s.n. es reproducido.

La categoría de t.s.n. sólo puede emplearse en el sentido de trabajo que produce valores de uso, y no en sentido matemático. La reproducción del t.s.n. está basada en la reproducción de cada actividad productiva, y por tanto la categoría de t.s.n. no es la determinante, sino la del tiempo de reproducción socialmente medio para cada actividad. Esta se puede realizar por todos los «productores» en el sentido más amplio, y de esta forma se encuentra también la solución para el t.s.n.

2. Tiempo de producción y de reproducción

Es necesario aclarar todavía por qué se debe hablar de tiempo de reproducción y no de tiempo de producción; y determinar en

qué medida coinciden estos conceptos y en qué medida contrastan.

A propósito de esto, recordemos nuestras observaciones sobre cómo cada empresa, con la fórmula $(mp + mat. pr) + ft$ calcula el tiempo de producción de sus productos, y establece cuántas horas de trabajo social están contenidas en cada producto. Hemos aclarado además, cómo se ha llegado al cálculo del tiempo de producción socialmente medio, considerando el conjunto de los lugares de producción coordinados como un simple grupo de producción. La forma en que se calcula el tiempo de producción socialmente medio asegura la reproducción de todo el grupo productivo, y por tanto, en vez de tiempo de producción socialmente medio asegura la reproducción de todo el grupo productivo. Los dos conceptos vienen, pues, a coincidir. La diferencia entre los tiempos de producción en las distintas empresas y el tiempo de reproducción socialmente medio se supera mediante el factor de productividad.

3. El desfase («obsolescencia») de los medios de producción

Una ley no escrita de las empresas capitalistas es que éstas deben mantener la productividad socialmente media, porque si no, son marginadas del *mercado*. Tienden por tanto, a mantener los salarios de los trabajadores lo más bajo posible y a adquirir siempre las máquinas productivas. Por esta razón, se explica que máquinas todavía en óptimas condiciones de uso sean apartadas como hierros viejos. Este es uno de los enormes despilfarros de bienes del modo de producción capitalista. En términos económicos, esto significa que en una empresa con medios de producción anticuados el tiempo de producción es superior a la media social, o bien, que desde la creación de una empresa capitalista el tiempo de producción socialmente medio de sus medios de producción ha disminuído y por tanto estos mismos medios se han devaluado.

La progresiva disminución del tiempo de producción socialmente medio, que comporta una disminución general del tiempo de reproducción, es una tendencia consciente de la producción comunista. En sentido capitalista, esto significa que los medios de producción de cualquier empresa, están desfasados. Veamos ahora cómo esto incide en la sociedad comunista.

Si por ejemplo una empresa ha calculado que las horas de trabajo contenidas en sus medios de producción fijos son 100.000, y si se supone que se consumirán en 10 años, hay que tener en cuenta esto cada año, integrando 10.000 horas de trabajo en el producto. Sin embargo, si el tiempo de reproducción socialmente medio de los medios de producción disminuye, la empresa —en su reproducción— puede dotarse de máquinas mejores o en número mayor, con lo que su productividad aumenta, y esto significa acumulación, ampliación del aparato productivo sin añadir nuevas aportaciones de trabajo.

Para esta empresa, la disminución del tiempo de reproducción, socialmente medio de los medios de producción modifica su tiempo de producción, y con esto también su factor de productividad, porque a fin de cuentas, el tiempo de reproducción socialmente medio debe ser mantenido. El tiempo de producción socialmente medio de todo el grupo productivo permanece igual al tiempo de reproducción socialmente medio, porque también los medios de producción pasan a través de las empresas como una corriente ininterrumpida. Hoy se renueva o se mejora *ésto*, mañana *aquéllo*. Los tiempos de reproducción social más bajos se integran continuamente en el proceso productivo.

El tiempo de reproducción socialmente medio es pues la categoría determinante de la producción comunista. Así como el concepto de valor en el punto central de la economía capitalista, el concepto de «tiempo de reproducción» es el punto en torno al cual gira la vida socioeconómica en el comunismo.

La base del t.r.s.m. es la hora de trabajo socialmente medio. Esta categoría ya tiene validez en el capitalismo. Las diferencias individuales tampoco se expresan ahora en las mercancías, porque en el mercado el producto se transforma en dinero, es decir, en una mercancía equivalente general, en la cual son eliminadas las diferencias individuales. En el comunismo es el t.r.s.m. el que comprende en sí mismo todas las diferencias individuales, las que hay entre trabajadores lentos y expertos, capaces y menos capaces, entre trabajo intelectual y trabajo manual. El t.r.s.m. es por tanto una cosa que como tal, como particular, no existe. Así como las leyes de la naturaleza expresan sólo lo que es general en las diferentes manifestaciones, sin existir como tales, la hora de trabajo socialmente medio, que no tiene una existencia concreta, incorpora en lo general la enorme diversidad de cambios de la materia en la sociedad.

XIII

LA DICTADURA ECONOMICA DEL PROLETARIADO Y LA CONTABILIDAD SOCIAL GENERAL

¡Qué horrible espectro es la dictadura del proletariado para el buen pequeño-burgués (p-b), y también para buena parte del proletariado! Estos, sin embargo, se olvidan que la clase de los capitalistas mantiene su dictadura con la más brutal falta de escrúpulos. Pero la historia no cambia por el miedo de los p-b, y sigue siendo una historia de luchas de clases, y por esto la clase obrera, cuya existencia se ve amenazada, se sublevará contra la dictadura capitalista para imponer su ordenación social, la ordenación del trabajo, contra la oposición de todos los elementos burgueses. La fuerza de choque necesaria para esto, nacerá de las masas compactas de trabajadores de las grandes y medianas empresas. Estos llevarán a cabo una violencia abierta dentro de la sociedad e impondrán un nuevo orden al resto de la sociedad. Esto no puede realizarse simplemente por medio de decretos y bayonetas sino que debe expresar la actividad organizativa de las más amplias masas de trabajadores. En Europa occidental sucederá así: el proletariado destruirá el Estado y se apropiará de las empresas declarándolas propiedad social. Pero después necesitará decidir si quiere seguir el ejemplo ruso creando, según las enseñanzas de los socialdemócratas, un nuevo aparato opresor en la figura del Estado, que dirige y dispone la producción, o bien si el elemento comunista en la clase obrera será suficientemente fuerte como para imponer en las empresas su dirección con la ayuda de las organizaciones de empresa o Consejos. La realización de la segunda hipótesis es posible sólo si en la base del circuito interno de la producción se encuentran los principios que hemos expuesto para una economía comunista. Así se quita a la circulación libre e

incontrolada, o sea, al *mercado*, la parte principal del conjunto del producto social. La otra parte de la producción social, las pequeñas empresas y las empresas agrícolas, son obligadas de esta forma a asociarse a la industria organizada de manera económicamente comunitaria. Esta es la «dictadura económica», el arma más importante y fuerte del proletariado triunfante.

La realización de la revolución social en este terreno, es en buena parte tarea de la contabilidad social general. Esta tarea estará reglamentada por las nuevas leyes económicas entonces vigentes.

La vida económica comunista no conoce la circulación monetaria ni el mercado; el flujo de débitos y créditos se regula mediante la contabilidad general. Así todos los productores que no estén asociados, se encuentran en ella en una posición forzada. No pueden proveerse de materias primas y medios de producción para sus empresas. Si sus empresas quieren continuar trabajando, la circulación de bienes que les afecta debe pasar por la contabilidad general. Deben atenerse a la reglamentación común de la producción social, basando su producción en el cálculo general de la fórmula $(mp + mat. pr) + ft$, y así su producción está sujeta al control social.

De esta forma las pequeñas empresas disgregadas son obligadas por vía económica, a regular su producción. La consecuencia necesaria es que, sucesivamente, las empresas del mismo tipo se coordinan formando un cártel de producción. Esto es además necesario para determinar el tiempo medio de producción y el particular factor de productividad, y además para un reabastecimiento ordenado de materiales, etc. Esta es también la única vía para sacar a las pequeñas empresas de su atraso. Para esta cartelización no es necesario en absoluto eliminar la autodeterminación de las pequeñas empresas; más bien, por el contrario, se verá que la estructuración de la producción por parte de los mismos productores se desarrollará de forma ejemplar.

«La asociación de productores libres e iguales» ejerce por tanto una dictadura económica. Esta no reconoce el derecho a la explotación y excluye de su comunidad a todos aquellos que no reconocen este primer principio del comunismo. Las pequeñas empresas son efectivamente obligadas a sujetarse a las reglas de la producción comunista, pero precisamente en este acto de sujeción, la dictadura se convierte en su opuesto. Una vez que los produc-

tores mismos han tomado en sus manos la dirección de la producción por medio de las organizaciones de empresa, y han puesto la producción bajo control social, la dictadura se extingue y los productores forman parte de la asociación con iguales derechos.

XIV LA CUESTION AGRARIA Y LOS CAMPESINOS

1. El desarrollo hacia la producción de mercancías

Es notoria la frase que dice, que cualquier nueva sociedad nace del regazo de la vieja. El capitalismo, en su desarrollo rápido y frenético, crea un gran aparato productivo cada vez más imponente y concentrado de manera creciente; en consecuencia, por un lado disminuye el número de burgueses que tienen control sobre este aparato, y por otro, el ejército de proletarios crece hasta el infinito. Este desarrollo crea al mismo tiempo las premisas para la caída del capitalismo. La condición necesaria para este crecimiento del proletariado es una explotación cada vez más intensiva y la inseguridad de la existencia que camina al mismo paso (v. Marx, *Trabajo asalariado y capital*). En estas condiciones sólo existe una vía de salida para el proletariado: el comunismo.

Si comparamos el desarrollo industrial con el desarrollo agrícola, el cuadro es distinto. A pesar de todas las profecías que aseguraban que la agricultura se concentraría y los pequeños y medios campesinos serían arrollados por grandes consorcios agrarios, este tipo de desarrollo puede, en realidad, notarse muy poco. No sólo el campesino medio, sino también el pequeño se han consolidado, no pudiéndose hablar de desarrollo en el sentido antes dicho. Más bien se constata un notable aumento de la pequeña empresa en la agricultura.

Este hecho es extremadamente desolador para los teóricos del comunismo de Estado. El trabajo en la industria asume caracteres cada vez más colectivos, mientras que, según ellos, la economía agraria permanece bloqueada. Empleando su terminología, las

empresas industriales se hacen cada vez más maduras para el comunismo, mientras en la agricultura la producción no «madura» para una administración estatal.

A ojos de los defensores del comunismo de Estado, la agricultura, es uno de los obstáculos principales para la realización del comunismo. En cambio, según nuestro parecer, el capitalismo ha llevado a cabo brillantemente las condiciones efectivas para el comunismo, también en la agricultura. Depende simplemente del modo de ver las cosas: si se quiere poner la dirección de la producción en las manos de oficinas directivas centrales, o si la dirección debe estar en manos de los productores.

Comencemos considerando la situación actual de la agricultura. Sin duda en ésta no vemos la gran concentración de la producción que vemos en la industria. Pero a pesar de esto ha adquirido un marcado carácter capitalista.

La producción de mercancías es el dato característico del modo de producción capitalista. Las mercancías son bienes de uso que el productor, en las condiciones de propiedad privada de los medios de producción, produce no para el consumo personal, sino para el consumo de los demás. El productor de mercancías da origen precisamente a cosas que él no usa, y consume precisamente aquello que no produce. El intercambio general de mercancías tiene lugar en el mercado. Ya que el productor de mercancías no produce para sí, sino para otros, su trabajo es el trabajo social. En el proceso social del intercambio de productos; todos los productores de mercancías están pues, relacionados entre sí, viven en completa dependencia recíproca y forman un conjunto cerrado.

La antigua empresa agrícola conocía la producción de mercancías sólo como un hecho secundario. El sistema de economía doméstica cerrada de los campesinos satisfacía casi por entero sus necesidades con productos de su producción. El campesino trabajaba para su familia. Su producción no estaba socialmente relacionada con otras. El ámbito de su producción se limitaba casi exclusivamente a su dominio, en tanto que su producto le proporcionaba los elementos para su producción. Sólo aquello que él no consumía personalmente, el excedente de su producción, llegaba al mercado, y sólo estos productos tomaban la forma de mercancías. La empresa agrícola no formaba por tanto parte del trabajo social; esto explica la existencia independiente de los campesinos.

La producción industrial de mercancías ha roto este cerco. Si

por un lado ha sido capaz de esparcir en el mercado una avalancha de productos a bajo precio, por otro, a causa de los efectos del capitalismo, los impuestos se elevaron, mientras el Estado exigía tasas cada vez más altas. Sin embargo, no es nuestra tarea estudiar el proceso de disolución de la economía doméstica cerrada. (v. R. Luxemburgo, *Die Akkumulation des Kapitals* (la acumulación del capital)). Queremos únicamente constatar los resultados que hoy son patentes para todos. *El campesino tenía necesidad de una cantidad de dinero cada vez mayor para poder cumplir sus propias obligaciones.* La única forma de procurarse dinero era convertirse en un productor de mercancías y llevar al mercado una cantidad mayor de productos. Para alcanzar este resultado tenía dos vías: o consumir personalmente menos a igual productividad, o aumentar la productividad de su trabajo. El consumir personalmente menos, como hacían los viejos campesinos, era imposible. Por tanto la única posibilidad era el aumento de la productividad.

Este es el punto donde los economistas, en sus observaciones sobre el futuro, se han equivocado. En efecto, éstos han supuesto el mismo desarrollo para la empresa agrícola que para la industrial. En la industria la creciente productividad fue alcanzada mediante la confluencia de capitales, con máquinas nuevas y cada vez más productivas que sólo se podían emplear en empresas gigantes. Por estas razones pensaban que la misma concentración debía verificarse también en la agricultura; que el pequeño y medio campesino debían desaparecer, mientras los consorcios agrarios desarrollarían la parte fundamental de la agricultura.

Nuestros economistas por tanto se han equivocado a este respecto. Por otra parte se trata de un error muy comprensible, ya que sólo se podían basar en unas determinadas condiciones. Es, sin embargo, extraño que el desarrollo industrial, que debiera haber conducido a una concentración en la agricultura, haya preparado el terreno para un desarrollo totalmente distinto del campo. Han sido principalmente los abonos químicos, la mecanización y la ciencia agraria, los que han aumentado enormemente la productividad de la agricultura. Gracias a los modernos métodos de abono, la composición del terreno juega un papel secundario; la cosecha por hectárea crece enormemente, y el campesino, gracias a esto, está en condiciones de llevar al mercado una cantidad mayor de mercancías que en el pasado, y el comercio

moderno le ha posibilitado el transporte a cualquier parte. Al mismo tiempo que, el crecimiento de la cosecha por hectárea, aparece algo de gran importancia. Apenas la producción se empieza a asentar sobre bases científicas, aparece la *especialización*, que cobra cada vez una mayor importancia. «El especialista es un hombre de las cavernas; de todo el universo sólo ve una pequeña parte, pero con mucha claridad». Vemos pues, que el campesino se organiza para producir sólo un producto específico, alcanzando, sin embargo, en la producción de éste, el máximo consentido por la ciencia y... por sus medios financieros. Según el tipo de especialización, organiza su empresa, se procura los instrumentos necesarios para el producto específico.

Este es el estado de la economía agrícola de gran parte de Europa occidental. En Holanda y Dinamarca ésto se verifica en grado máximo, mientras Francia, Inglaterra y Alemania recorren velozmente la vía de la especialización. En estos países se han producido cambios en la cría de ganado y en el cultivo de legumbres en las cercanías de las grandes ciudades. Así el campesino se ha convertido en un productor de mercancías en el verdadero sentido de la palabra. Ya no lleva al mercado el *sobrante* de su producción, sino *todo* su producto. Produce aquello que no usa y usa aquello que no produce. No trabaja por tanto para sí, sino para la sociedad, y de esta forma su trabajo pasa a formar parte del tipo trabajo social.

La economía doméstica cerrada es aniquilada por la especialización. La agricultura se incorpora a la producción industrial.

Para el campesino, en cuanto sigue siendo propietario de su trozo de tierra, la situación ha empeorado terriblemente.

Esta incertumbre que alcanza a la vida misma, vale también para las empresas industriales, pero no dependen tan directamente de la naturaleza. La productividad se eleva de tal modo que la acumulación tiene lugar sólo gracias al uso de máquinas cada vez más productivas, cosa que ha llevado a la concentración. Para los campesinos el incremento de la productividad ha tomado una vía completamente distinta, que a su vez está determinada por la situación de la técnica y de las condiciones de producción en la empresa agrícola. La acumulación ha tenido lugar gracias a los abonos químicos, motores, tractores y a la especialización.

Otro hecho aparece indisolublemente ligado a éste. Para tener la mayor influencia posible en el mercado, los campesinos se

asociaron en cooperativas agrícolas, para poder determinar mejor los precios y obtener colectivamente la maquinaria para el cultivo del campo y la transformación de lo recolectado. Así, por ejemplo, los campesinos que criaban ganado, fueron capaces de hacer ellos solos queserías, y así, esta industria aumentó directamente la cría de ganado. Las queserías son ahora el punto central que controla amplias comarcas. Así, los campesinos han creado un organismo que los liga indisolublemente a todos. Con todo esto, tanto el cultivo como la cría de ganado o la horticultura, se han concentrado fuertemente, aunque no se habla de unión de las empresas en sentido industrial.

Resumiendo lo dicho, subrayemos que la moderna agricultura está caracterizada por la especialización y que, por tanto, está completamente transformada en producción de mercancías. Con las técnicas modernas se ha obtenido un aumento de la productividad, sin necesidad de concentrar las empresas bajo una única dirección. Al mismo tiempo tenemos el desarrollo de las cooperativas que formadas por comunidades de intereses, ligan las pequeñas haciendas campesinas, privando a los campesinos de su libertad (a menudo, por ejemplo, del derecho de disponer de sus productos).

XV
LOS CAMPESINOS Y LA REVOLUCION

La vía de desarrollo antes apuntada impide la formación de un proletariado agrícola numeroso. Aunque, de hecho, es mucho más numeroso que los campesinos propietarios, no se da la relación en la que se encuentran las masas oprimidas del proletariado industrial frente a la burguesía. Hay que añadir, además, que las diferencias de clase no aparecen tan claras en el campo, porque el pequeño y medio campesino trabaja la tierra junto a sus familiares. Mientras en la ciudad la propiedad ha conducido a un auténtico parasitismo, en el campo no. Una revolución de campesinos en el campo, es por tanto, bastante menos probable que en la ciudad. Pero la situación no es tan desesperada como parece, a primera vista. Es cierto que en el campo existe una gran cantidad de *poseedores*, pero éstos saben muy bien que no son sino los encargados de negocios del capital a préstamo, mientras que el peso de la incertidumbre de la existencia recae gravemente sobre ellos. Sin duda se puede afirmar que el campesino poseedor no será nunca vanguardia del comunismo. Sin embargo, su posición económica le sitúa con los grupos sociales que se ponen al lado de los vencedores. La condición para esto es que no sea expulsado de su casa y de sus tierras, y que nadie se entrometa en la dirección de su producción. La revolución proletaria no puede mantener las rentas de la tierra o los débitos hipotecarios, porque se basa solamente en el cálculo del tiempo de reproducción socialmente medio de los productos y, por tanto, la demanda de los campesinos de «asociaciones de productores libres e iguales», no es más difícil de alcanzar que el comunismo en las empresas «maduras».

Que el campesino se convierta en un productor de mercancías es de importancia fundamental para la revolución y el «miedo frente a los campesinos» proviene en su mayor parte, del hecho de que hoy su posición se valora de forma errónea. Así por ejemplo, se sigue manteniendo que el proletariado depende de los campesinos por lo que se refiere a su nutrición y que por tanto se puede hacer bien poco contra ellos.

Esta advertencia se basa en el estado de la economía agrícola tal como se podía ver en el período pasado. La cuestión se consideraba en términos de que el campesino no era más que campesino de siempre, y no el productor de mercancías que es hoy, que lleva al mercado todo lo que produce. En la situación actual, que el proletariado dependa de los campesinos no es más cierto que lo contrario. Si los campesinos no dan al proletariado sus productos, se enfrentan al hambre igual que éste, por paradójico que parezca. A pesar de todo, el campesino debe vender sus productos porque *produce* solamente aquello que *no* consume y *consume* aquello que *no* produce.

Se repite a menudo que el campesino antes que vender forzosamente sus productos, se los da de comer a sus animales. Esto es también un malentendido que se basa en la antigua visión de la economía doméstica cerrada. El ganadero posee sólo ganado, (aparte de los productos colaterales) y nada más. El cultivador posee sólo grano pero no tiene ganado, el que cría gallinas tiene algunos centenares de gallinas, el cultivador de legumbres tiene sólo un determinado tipo de éstas. Todos son especialistas.

También se expresa el temor de que el campesino rechace el continuar cultivando sus tierras, es decir, que... vuelva a la economía doméstica cerrada. Pero esto no lo puede hacer. Ni siquiera un campesino puede retroceder un siglo y fabricar él todo lo que le hace falta, porque no dispone de las capacidades ni de los instrumentos necesarios para hacerlo. Nadie puede escapar a la socialización del trabajo una vez que ésta se ha puesto en marcha. El retorno es imposible. Por muchas vueltas que se le dé, los campesinos están en la barca de la socialización y deben moverse según su rumbo.

XVI
LA REVOLUCION AGRARIA EN RUSIA
Y EN HUNGRIA

1. Rusia

La solución de la cuestión agraria en Rusia aporta pocas enseñanzas para el desarrollo de una revolución campesina en Europa occidental. En efecto, la agricultura presentaba allí todavía relaciones feudales latifundistas (a menudo de economía doméstica cerrada). La consigna capitalista «la tierra para los campesinos» significó en Rusia alcanzar la libertad y la igualdad... que los campesinos franceses habían obtenido en 1789. Se apropiaron de tierras privadas que podían cultivar como querían. El campesino ruso pretendió entrar en la escena comercial como capitalista y productor de mercancías, y por esto reaccionó contra la dirección de los soviets y aspiró a la libertad del comercio.

Así comenzó en Rusia el desarrollo capitalista de la agricultura, que nosotros ya hemos experimentado sobradamente en Europa occidental. Los rusos señalan grandiosamente el crecimiento del comunismo en el campo, entendiéndolo por esto el que los campesinos se asocien en cooperativas, para aprovechar la técnica moderna, para determinar colectivamente los precios y para comprar y vender conjuntamente. El campesino ruso es llevado, como su colega de Europa occidental, a asumir una fuerte posición en el mercado, para obtener beneficios, posiblemente más altos. De aquí se deduce que el comunismo tan cantado por los bolcheviques está más avanzado en Europa occidental que en Rusia.

No hay pues ninguna duda de que no podemos aprender mucho de los rusos sobre la cuestión de la dirección de las empresas agrícolas, en sentido comunista. No podemos hablar de organiza-

ciones de empresa con experiencia de administración y dirección porque allí todo es propiedad privada.

2. Hungría

La Hungría de los Consejos ofrece un cuadro completamente distinto, del proceso revolucionario. La pequeña propiedad quedó intacta, mientras que las propiedades medias y grandes fueron expropiadas por decreto, sin que los campesinos se repartieran la tierra. Esto fue posible, porque no tenían nada que ver con la revolución y les cogió de improviso. A propósito de esto, Varga narra lo siguiente:

«En Hungría no se hizo una revolución en el verdadero sentido de la palabra. De la noche a la mañana el poder cae en manos del proletariado. En el campo hubo un movimiento revolucionario casi despreciable y no hubo ninguna resistencia armada. Por tanto la expropiación jurídica pudo realizarse sin ningún obstáculo y sin la abolición de la gran empresa...» «Recalcamos el término *jurídicamente* porque admitimos abiertamente que la expropiación, en la mayor parte de los casos, se realizó sólo bajo forma jurídica, y que desde el punto de vista social fueron tan pocos los cambios que la población agrícola a menudo no tenía ni siquiera ideas claras sobre la expropiación...» «Como el terrateniente permanecía como empleado estatal en la propiedad expropiada, al principio no existió ningún cambio social. El terrateniente continuaba viviendo en la misma casa, continuaba viajando en coche de caballos y seguían llamándole los trabajadores «noble señor». Todos los cambios se reducían a que ya no podía disponer libremente de su capital sino que debía acatar las disposiciones de la central de empresas agrícolas. El trabajador agrícola se daba cuenta bien poco de todo esto; para él, el único resultado de la revolución era que obtenía un salario muy superior al que tenía antes».

Pero no en todas partes las cosas eran así. Algunas grandes granjas fueron declaradas asociaciones productivas, y la dirección central común. Todas las cooperativas de producción eran a su vez agrupadas en la «central de las empresas agrícolas de las cooperativas de producción agrícola» que dependía directamente de la sección agrícola del Consejo Supremo de la Economía. La fórmula de las cooperativas fue elegida a causa del atraso social de

los trabajadores del campo. Si las grandes propiedades hubieran sido declaradas simplemente propiedad del Estado, las preferencias salariales de los trabajadores no hubieran tenido límite, y la intensidad del trabajo hubiera sido mínima. De esta manera, en cambio, era posible jalearse el hecho de que la disciplina en el trabajo y su intensidad merecían la pena puesto que las ganancias netas de la granja pertenecían a los trabajadores. Además así se satisfacía en cierta medida el deseo de los trabajadores de poseer tierras propias... Desde el punto de vista material estas concesiones significaban bien poco, ya que la contabilidad tenía un carácter centralizado. El objetivo era declarar expropiados los latifundios después de haber aclarado qué significaba esto, o sea, bienes del Estado, y considerar a los trabajadores como trabajadores estatales, igual que a los trabajadores de la industria». (Varga, *op. cit.*, p. 105).

3. Resultados

¡Todo esto no merece la pena siquiera criticarlo! Vargas dice a pecho descubierto: «Basta con dar a los trabajadores la impresión de que disponen y dirigen la producción; pero en verdad esto significa bien poco, porque somos nosotros los que tenemos la dirección central, y los beneficios netos están determinados por ésta a través de la *política de precios*. Aquí aparece de forma muy clara hasta qué punto es necesario que la relación entre productor y producto social esté determinada por la *producción real*, con el fin de que no aparezca un nuevo dominio bajo las máscaras de la democracia.

No vamos a adentrarnos en los aspectos particulares de la agricultura de la Hungría de los Consejos. Constataremos simplemente que Rusia y Hungría eran y son horribles ejemplos de producción comunista. En Rusia los campesinos actuaron en forma capitalista. «Los campesinos subdividieron las tierras y se apropiaron de los medios de producción, y así no los más pobres sino los más ricos, se llevaron la parte mayor» (Varga, *Ibid.*, p. 103). En Hungría ni siquiera actuaron: esto significa que hasta ahora no tenemos ningún ejemplo de cómo el proletariado campesino, y los pequeños y medios campesinos, afrontarían una revolución proletaria en las condiciones de Europa occidental.

¿Cuál será su ideología mayoritaria? ¿Se organizarán en la revolución? ¿De qué forma? No lo sabemos. Lo único que podemos hacer es estudiar cuál ha sido su comportamiento en las revueltas proletarias de 1918 a 1923.

XVII EL PROLETARIADO RURAL Y LOS PEQUEÑOS Y MEDIOS CAMPESINOS EN LA REVOLUCION ALEMANA

1. Los comienzos

Cuando, en Noviembre de 1918, cayó el poder del Kaiser en Alemania no ocurrió gracias a la actividad revolucionaria proletaria de las masas. El frente había sido despedazado y los soldados desertaban a millares. En esta situación, la marina alemana quería intentar el último esfuerzo, atacando masivamente en el mar del Norte. Los marineros pensaron, con razón o sin ella, que morirían todos, y éste fue el punto de partida para un amotinamiento de masas en los navíos de guerra. Una vez en esta situación los marineros debieron seguir adelante, de lo contrario los navíos amotinados serían echados a pique por las tropas «leales». Izaron la bandera roja, y esto condujo a una sublevación general de los marineros. El acto determinante se había hecho y ahora sí que debían seguir adelante. Forzados por la necesidad, sus acciones eran consecuencia unas de otras. Marcharon pues sobre Hamburgo para pedir ayuda a los trabajadores. ¿Cuál fue la acogida? ¿Fueron tal vez cazados de nuevo?

No hubo ni un gesto de oposición. A centenares de miles los trabajadores se solidarizaron con los marineros, la actividad revolucionaria desembocó en los Consejos de trabajadores y soldados y la marcha victoriosa de la revolución atravesó toda Alemania. Y en esto estaba lo extraño de la situación. Aunque la censura militar había tenido bajo control todas las noticias sobre la revolución rusa de 1917, aunque no se había hecho por tanto ninguna propaganda de la idea de los Consejos, aunque la estructura consejista de Rusia era completamente ignorada por los

trabajadores alemanes, en pocos días, en toda Alemania apareció una red de Consejos.

2. El desarrollo

La guerra civil que siguió a esto, se desarrolló bajo la enseña del socialismo. Por un lado la socialdemocracia, que concebía el socialismo como continuación de la concentración del capitalismo por medio de la *nacionalización legal* de la gran industria, y que por tanto debía destruir el movimiento de los Consejos en tanto que expresión de la autonomía de las masas; y por otro lado el comunismo recién nacido, que consideraba que la *nacionalización* sólo se podía alcanzar por la vía *ilegal*, y que tenía por tanto sus raíces en la autonomía de las masas. El objetivo era el mismo, pero la forma de alcanzarlo distinta.

Si bien durante todo el período revolucionario las fábricas estuvieron ocupadas por el proletariado, en ninguna parte se llegó a una «toma de posesión en nombre de la sociedad». Las empresas eran dirigidas por los viejos patronos, continuaban siendo de su propiedad, aunque bajo el control de los trabajadores.

3. La tregua

La razón por la cual no se procedió de otro modo, encuentra su explicación en el hecho de que la parte revolucionaria del proletariado empleó todas sus fuerzas en mantener la correlación de fuerzas frente a la contrarrevolución que, bajo la guía de la socialdemocracia, se oponía al *caos* y a la *nacionalización directa*. La revolución proletaria era pues muy débil. Gran parte de los grupos sociales fue implicada en la revolución y, bien o mal, debía ponerse de parte de los vencedores. Pero esta parte fue empujada hacia la contrarrevolución porque el proletariado estaba aún dividido en su interior y debía todavía ocuparse de sí mismo.

Aunque éste no es el lugar apropiado para describir el desarrollo de la guerra civil alemana, hemos tenido que adentrarnos un poco en ella porque evidentemente las posturas asumidas por el proletariado rural y los pequeños y medios campesinos dependían de su desarrollo.

4. Los campesinos

Lo primero que resalta es el hecho de que los campesinos no hayan sido un factor esencial en la revolución. No se llegó en absoluto a Consejos, si se excluye Baviera donde fue declarada la dictadura. Los campesinos tuvieron sin embargo que expresarse, y resultó la misma situación que en el proletariado: no se impusieron como formación unitaria. Una parte de los campesinos apoyó la revolución, la otra se opuso. Por desgracia no tenemos datos sobre el carácter de las formaciones campesinas y ni siquiera informes numéricos precisos.

Si se excluye Baviera, los campesinos no participaron casi para nada en la revolución. De hecho, se hablaba de apoyo directo y la posición general era claramente de hostilidad. La consigna «la tierra para los campesinos» aquí no tenía sentido, porque en su mayoría se trataba de pequeños y medios campesinos. En una situación de atraso de la agricultura como en Rusia es suficiente obtener la propiedad privada de una pequeña parcela de tierra, pero las exigencias de la moderna agricultura de Europa occidental son diferentes. Además de la tierra es necesario poseer un notable capital en forma de medios de producción fijos y materias primas para poder alcanzar la productividad socialmente media. Si ésta no es alcanzada, la empresa no es rentable y debe ser abandonada. En una situación donde la agricultura está altamente desarrollada, la consigna que en Rusia pudo liberar fuerzas inmensas, no tiene sentido para los pequeños campesinos.

Sin embargo en Alemania existen aún vastas zonas en las que prevalecen los latifundios, y por tanto se plantea la cuestión: ¿en qué medida el proletariado agrícola de estas zonas tendió a seguir el ejemplo ruso de subdividir la tierra? Aclaremos enseguida que no se pudo notar nada semejante. Las relaciones de producción de los latifundios alemanes no ofrecían ninguna posibilidad a esta alternativa. Si en una situación de atraso de la agricultura los pensamientos del campesino sin tierra se centran naturalmente en el reparto de ésta, en una situación con grandes granjas caracterizadas por un cultivo intensivo, hecho sobre bases científicas, la única ideología que se podrá desarrollar será la de la propiedad común y el cultivo colectivo.

Se podría objetar que el desarrollo técnico puede no llevar inmediatamente a cambios ideológicos en la población campesina

porque las tradiciones inveteradas tienen un gran peso. Sin embargo a nosotros nos parece clara la relación entre relaciones de producción e ideología en el tema que hemos planteado.

En los latifundios alemanes la agricultura es una industria porque está organizada según la ciencia y la técnica moderna. Las grandes extensiones de tierra cultivada de trigo son trabajadas con máquinas modernas; el trigo se conserva en grandes graneros y su posterior tratamiento se hace mecánicamente. En las zonas donde se cría ganado existen enormes praderas, establos de centenares de cabezas, y la leche se elabora en queserías propias. En los grandes campos de patatas del norte, existe una especialización en este tipo de cultivos y las destilerías están directamente unidas a éstos. La misma situación se puede encontrar en Sajonia, donde todo el cultivo de la remolacha está orientado hacia las vecinas azucareras de Magdeburgo, Aken, etc.

En esta situación la consigna «la tierra para los campesinos», en el sentido de la división de las tierras según el modelo ruso, no puede ser aceptada. Los trabajadores no sabrían qué hacer con los pedacitos de tierra. En el campo de la cría podrían efectivamente tener un trozo de tierra y un par de cabezas, pero al no tener sus viviendas con los aperos de una *granja*, como antiguamente, no podrían convertirse en criadores de ganado ni trabajar en el campo de la leche. Además faltarían instrumentos y aperos para poder hacer productivas estas pequeñas propiedades. Esta situación es válida para todas las grandes explotaciones de Alemania, y se puede por tanto decir que el estadio de desarrollo de la agricultura, impide una subdivisión de la tierra.

Los que trabajan en estas grandes posesiones constituyen el verdadero proletariado campesino. El problema que se les plantea es igual que el de los trabajadores industriales, cómo efectuar «la apropiación general en nombre de la sociedad». Si el proletariado industrial ha sido demasiado débil como para tomar seriamente en consideración el problema del comunismo, por parte del proletariado agrícola ni siquiera se ha planteado. Las relaciones de producción agrícola no ponen a miles de proletarios en condiciones de desarrollar la solidaridad en un espacio restringido, y por esta razón existen grandes dificultades para la formación de un frente de lucha. En efecto, el proletariado campesino casi no constituyó Consejos, y no jugó ningún papel en absoluto en la revolución.

La posición del llamado *semi-proletariado* agrícola fue extraña. En Alemania está particularmente extendido un tipo de industria en el campo, que por otra parte está asumiendo notables proporciones también en otros países. Este hecho puede depender tanto del bajo precio de la fuerza de trabajo como de los bajos costos del terreno y de las tasas. Ya que los trabajadores necesarios son reclutados entre la población campesina de los alrededores y en su tiempo libre cultivan su pedazo de tierra, vienen a ocupar una posición intermedia, que se define como *semi-proletariado*. El carácter de su agricultura es el de una economía doméstica cerrada, y no tienen ninguna influencia sobre el mercado.

Lo extraño es que precisamente este *semi-proletariado* fue durante la revolución, una fuerza que no retrocedía ante nada. A menudo eran semiproletarios agrícolas, la vanguardia del movimiento; participaron en la sublevación y extendieron la lucha a las ciudades circundantes. La Turingia fue un ejemplo claro de esto. Además jugaron un papel esencial en el abastecimiento de trigo a las ciudades. Al principio de la revolución, cuando el poder estaba aún en manos de los Consejos, los campesinos bloquearon el suministro para encarecer los precios. Los Consejos de las ciudades se pusieron entonces en contacto con los de las fábricas agrícolas y los *semi-proletarios* que conocían perfectamente la situación y *obligaron* a los campesinos a poner precios estables a sus productos (Hamburgo).

Concluyendo, podemos decir que ni el proletariado agrícola alemán ni los campesinos participaron en la revolución. Aunque en el proletariado agrícola podían ya estar presentes ideologías comunistas, éstas eran todavía muy débiles, y no las expresaron de ninguna forma.

Parece que los campesinos, ante una revolución proletaria, adoptan una actitud de expectativa. Su posición está determinada en cualquier caso por la fuerza de la revolución y por la posibilidad que tengan las grandes empresas agrícolas de adecuarse al modo de producción comunista.

XVIII LOS CAMPESINOS BAJO LA DICTADURA PROLETARIA

La revolución proletaria que no considera la realización de comunismo como la «nacionalización» de las «empresas maduras» sino como la realización del principio según el cual son los mismos trabajadores quienes tienen que adecuar su trabajo al modo de producción comunista, sienta con esto las bases para considerar la agricultura como un sector de la producción global. Este principio es la creación y la determinación de una unidad que haga homogéneo el flujo de productos que recorre la sociedad: se trata de la determinación del tiempo de reproducción socialmente medio de los productos. Cada empresa se convierte así en una célula activa del comunismo en la cual se puede libremente desarrollar la actividad autogestionada de los proletarios.

Dado que la fuerza del proletariado industrial está sólidamente unida al sistema de los Consejos se deben trasladar al campo los mismos principios organizativos. La producción depende siempre funcionalmente de su estructura organizativa; cómo funcionarán los Consejos en el campo es sin embargo una cuestión que sólo puede resolverse en el futuro. Aunque los principios generales del sistema de los Consejos sean los mismos para la industria y la agricultura, muchas condiciones establecerán diferencias particulares. Por ejemplo, ocurrirá que la conciencia proletaria estará mucho más desarrollada entre los trabajadores de la industria que en el proletariado del campo, mientras que uno de los temas de reflexión del movimiento de los Consejos será la diferencia en las condiciones naturales de producción que aparecen en la industria y en el campo.

En cualquier caso, lo importante es que los campesinos formen

comunas comarcales, que a fin de cuentas no son sino la unión de las organizaciones de empresa de las granjas. *Por si solos* los campesinos no lo harán nunca, y por tanto será una tarea a realizar, con una inmensa propaganda, por la dictadura del proletariado. Esta hace que los instrumentos para la agricultura (simientes, abonos, gasolina, petróleo, etc...) se consignen solamente a las comunas comarcales, o a las organizaciones de empresa agrícolas. Cuanto mejor gobierne la industria el proletariado, más rápidamente se desarrollará la organización autogestionaria de los campesinos.

Igual que los trabajadores de la industria, los campesinos deben calcular el tiempo de producción socialmente medio de sus productos, con la ayuda de la fórmula $(mp + mat. pr) + ft$. El que esto se pueda realizar se lo debemos al capitalismo, que ha convertido a los campesinos en productores de mercancías. La posibilidad de efectuar este cálculo se demuestra por el hecho de que ya hoy se usa el llamado «cálculo de los costos de producción» tanto como en la industria, en la agricultura (v. J. King, *Costaccounting applied to agriculture*). Aunque en este campo se está en los comienzos. Si se considera que esta joven ciencia ha empezado a emplearse en 1922, hay que maravillarse de lo rápido que cambian las bases generales de la producción agrícola e industrial. Esto demuestra que el carácter de estos dos campos de la producción es el mismo, y que la producción agrícola ha pasado al modelo industrial. La tradición constituye aquí un freno, pero los malos resultados financieros de la agricultura en Europa occidental la sepultarán rápidamente. El que está en estrecho contacto con los campesinos aprende rápidamente que las viejas verdades se abandonan fácilmente para sustituirlas por las nuevas. Esto no se refiere al modo de producción comunista, sino a la racionalización a una dirección más moderna de la empresa, a la formación de cooperativas. Para el modo de producción comunista esto significa un rápido crecimiento de las condiciones para el empleo generalizado del tiempo de producción socialmente medio.

Naturalmente sigue habiendo una notable diferencia entre la producción industrial y la producción agrícola que depende, en su mayor parte, de las condiciones naturales de producción. En efecto la lluvia, la sequía, las enfermedades de las plantas y los animales influyen notablemente en la producción agrícola, por lo

que no es posible determinar de antemano la productividad de estas empresas, cosa posible en cambio en la industria.

Pero lo que sí es posible y ya hoy se efectúa, es la comparación de la productividad entre las distintas empresas (v. por ejem. J. King) Y esta es la prueba del nueve para la realización de las granjas. Por lo que se refiere al tiempo de reproducción medio, no es nuestra tarea «inventar» métodos de cálculo para cada producto. Está claro, sin embargo, que realizar esta categoría lleva a una reorganización de toda la agricultura. Además se impondrá la necesidad de valorar el tiempo de reproducción no sobre la base de un período productivo sino, por ejemplo, sobre un período de 10 años. Las variaciones naturales pueden hacerse tender a la uniformidad considerando períodos de tiempo más largos. De esta forma se pueden evitar las oscilaciones debidas a variaciones naturales, y en el cálculo del tiempo de reproducción socialmente medio existirá sencillamente una disminución correspondiente a una productividad en progresivo aumento.

XIX CONCLUSIONES

1. Los «Randglossen» de Marx (Glosas Marginales)

Es hora de que el proletariado revolucionario se haga una idea exacta de la ordenación social que quiere poner en lugar del capitalismo. No se puede retrasar más esta tarea, sosteniendo que la clase obrera victoriosa desarrollará fuerzas jamás imaginadas, una vez que se libre de sus cadenas. Esto es una incierta hipoteca sobre el futuro y además, fundamentalmente erróneo. Es al revés. La economía capitalista recorre a paso de gigante la vía de la concentración, cosa que se confirma de nuevo cada día, y cualquiera que no sea ciego se da cuenta que antes o después, Estado y clase dirigente vendrán a coincidir. Vamos pues, hacia la concentración de poder del capital y hacia las alianzas de todos los estratos dominantes tradicionales —que comprenden también a los jefes de las organizaciones obreras tradicionales— contra el proletariado. Este es el desarrollo al cual tiende la propaganda de la socialdemocracia y los sindicatos, en nombre de la democracia socio-económica; para ser más claros, las direcciones de las organizaciones tradicionales pretenden dominar la economía pasando a través del Estado. El viejo movimiento obrero revela su programa económico; sin embargo está claro que se trata simplemente de un nuevo desarrollo del dominio sobre el trabajo asalariado. Y ahora se puede afirmar con seguridad que el llamado comunismo de Estado ruso es sólo una realización radical de esta nueva forma de dominio. Nosotros, proletarios revolucionarios, no tenemos, pues, opción. Hoy, se muestra a las amplias masas trabajadoras la vía que pretende conducirles al socialismo o al

comunismo, a su liberación. Y es a estas mismas masas trabajadoras a las que debemos convencer y mostrar su verdadera meta, porque sin ellas no existe revolución ni comunismo. Y esto sólo lo podemos hacer si nosotros tenemos una idea clara y concreta de la forma y la estructuración de la producción en el comunismo.

Pero hay más. Los mismos científicos burgueses reconocen que la catástrofe se acerca y preparan la aceptación por parte del capital, de la idea de una economía comunitaria. Estos reconocen que los días de la empresa privada están contados, y se trata, por tanto, de mantener la explotación en una nueva situación social comunitaria. Una muestra de esto es el escrito del economista burgués. E. Horn, *Die ökonomischen Grenzen der Gemeinwirtschaft* (Los límites económicos de la economía comunitaria), donde se dice que la abolición de la propiedad privada de los medios de producción no tiene por qué coincidir con la abolición del modo de producción capitalista. Por tanto, no se opone a la abolición de la propiedad privada, sino, en todo caso, a la desaparición del intercambio de mercancías; el modo de producción capitalista con su mercado y la formación de plusvalía, se mantienen. Para él, la cuestión no es *si* debe, sino *cómo* debe ser abolida la propiedad privada de los medios de producción.

Un economista burgués como E. Horn, debe naturalmente demostrar la imposibilidad del comunismo. Cosa que hace puntualmente gracias a la teoría marginalista de Böhm Bawerk. Ahorrémonos exponerla. A nuestro parecer, Bujarin lo ha hecho suficientemente, demoliéndola en su libro *Politiceskaja ekonomija rant'e* (La economía política del rentista)²⁶. Es, sin embargo, notable la forma en que Horn critica la teoría oficial de la sociedad comunista. La define como una ordenación social de signo negativo, porque se dice lo que no es, pero nunca se exponen las categorías que regulan este tipo de sociedad. Las características de la sociedad comunista serían la inexistencia de precios ni de dinero. Por tanto, todo negativo.

Neurath responde que este espacio negativo será rellenado por el productor distribuidor general; Hilferding asigna esta tarea a los comisarios de Estado con su estadística de la producción y el consumo, y llega incluso a consolarse echando al ruedo la fuerza creativa del proletariado victorioso, que resolverá jugando este tipo

²⁶ Primera edición: Moscú, 1919.

de problemas... Aquí encuentra sentido la frase: «*donde faltan los conceptos, se inserta a tiempo una palabra*».

A primera vista puede parecer extraño que los llamados economistas marxistas se hayan ocupado tan poco de las categorías de la economía comunista, cuando el mismo Marx, en forma bastante completa ha aclarado su visión sobre esto, aunque de manera restringida, en los *Randglossen*. Los «discípulos» de Marx no sabían qué hacer con su grandiosa visión, porque creían haber descubierto que las condiciones esenciales para la dirección de la sociedad se desarrollaban de manera completamente distinta de como pensaba Marx. La «asociación de productores libres e iguales» se convirtió en sus manos en la «estatalización»; parecía en efecto que el proceso de concentración del capital y de la economía trabajaba decididamente en esta dirección. Los años de la revolución comprendidos entre 1917 y 1923 muestran cuáles son las formas en que el proletariado se apodera de los medios de producción, y la revolución rusa ha demostrado que el dominio o está en manos de los Consejos o está en manos de la organización económica central del Estado. Luego aparecen exactamente de nuevo las líneas de orientación para el comunismo, expuestas por Marx. Cuanto sigue es a propósito de los *Randglossen*. En 1875 debían unificarse la *Allgemeine deutsche Arbeiterverein* (Unión obrera general alemana) (Lasalle) y el *Sozialdemokratische Arbeiterpartei* (Partido obrero socialdemócrata) y con este objeto fue esbozado el programa de unificación de Gotha. Tanto Marx como Engels hicieron una crítica radical de éste. Marx escribe su crítica en una carta a Bracke llamando a este manuscrito «Glosas marginales al programa de coalición». Este se hizo más conocido después de 1891, cuando Engels lo hizo imprimir.

«Si consideramos ante todo la palabra 'renta del trabajo' en el sentido del producto del trabajo, entonces la renta colectiva del trabajo es el producto social global.

Pero de este se debe quitar:

Primero: la cobertura para sustituir los medios de producción consumidos.

Segundo: una parte suplementaria para extender la producción.

Tercero: un fondo de reserva o de seguro contra los infortunios o perturbaciones causadas por la naturaleza, etc...

Estas detracciones de la «renta integral del trabajo» son una necesidad económica, y su entidad debe determinarse según los

medios y las fuerzas disponibles con un cálculo de probabilidades, pero es absolutamente imposible que puedan calcularse sobre la base de la justicia. Queda otra parte del trabajo global, destinada a los medios de consumo. Antes de llegar a un reparto individual es necesario sustraer:

Primero: los gastos generales de administración que no están relacionados directamente con la producción. Esta parte disminuye considerablemente desde el principio con respecto a la sociedad de hoy, y crece en la medida en que se desarrolla la nueva sociedad.

Tercero: fondos para aquellos que no pueden trabajar, etc., en otras palabras: lo que hoy podría ser la asistencia social a los pobres.

Sólo entonces llegamos a la distribución —que, mezquinamente el programa de Lassalle pone como objetivo— a la parte de los medios de consumo que se divide entre los productores de la comunidad.

«La 'renta integral' se ha transformado, mientras tanto, se ha 'reducido', si bien lo que se ha tomado al productor en su calidad de individuo privado, se le devuelve directa o indirectamente como miembro de la sociedad». (C. Marx, *Crítica al programa de Gotha*)

Durante años no se ha vuelto a oír nada, hasta que se hicieron nuevas ediciones en 1920, en 1922, y ahora en 1928.

Sólo al final de nuestro estudio llegan estos *Randglossen*.

Estos coinciden casi completamente con la exposición aquí hecha; en cierto sentido nuestro trabajo puede parecer una elaboración actual de la concepción de Marx. Comenzaremos a demostrar estas coincidencias, en el punto en que Marx polemiza contra el programa de Unificación, a propósito de la afirmación de que todo trabajador obtendrá el fruto íntegro de su trabajo.

En la concepción de Marx, salta directamente a la vista, lo que no podemos encontrar en ningún economista marxista oficial. En el comunismo también él ve la economía como un proceso cerrado, que se verifica en el interior de un marco, según sus leyes. La base de la cual se parte en la distribución del producto general es la de la necesidad económica de la reproducción y la de la ampliación de los medios de producción consumidos. Y Marx nunca habría soñado regular esta producción mediante comisarios de Estado, haciéndola por tanto una cuestión personal. Se trata de un proceso

objetivo, cuya medida debe depender de la misma producción. Además, no se advierte nada en Marx —respecto a los costos sociales, que satisfacen las necesidades colectivas y subvencionan a los inhabilitados para el trabajo, disminuyendo «el fruto íntegro del trabajo»— que haga suponer la necesidad de estadísticas; se trata simplemente de una sustracción del producto para el consumo individual. Si además se recuerda que él sugería, como medida de esta distribución, el tiempo de trabajo que ha prestado cada uno, el cuadro está completo. Creemos por tanto poder decir con razón que nuestras observaciones son consecuencia de un empleo lógico del pensamiento de Marx.

2. Del cálculo del dinero, al cálculo del tiempo de trabajo

En las discusiones verbales a propósito de los principios de producción y distribución, la crítica expuso principalmente dos argumentos. El primero se refiere al cálculo del tiempo de trabajo. El segundo sostiene que las bases de la sociedad, expresadas en este estudio, son utópicas. Queremos demostrar que estos dos argumentos han sido ya superados por la historia.

La abolición del dinero y su sustitución por el tiempo de trabajo socialmente medio (dinero-trabajo), es una tarea revolucionaria y puede ser realizada, si la clase obrera tiene el poder suficiente, después de un par de meses de dictadura proletaria. Es por tanto una cuestión de poder que *sólo puede estar* al alcance de *todo el proletariado*.

Una dictadura de partido no está en absoluto en condiciones de hacer esto. Una dictadura de partido es el resultado de acciones encaminadas a instaurar el comunismo de Estado.

La dictadura proletaria necesita en el primer período de su existencia, de una enorme cantidad de dinero, que probablemente se procurará de la misma forma que los estados capitalistas de Europa Central en el período de la postguerra, imprimiendo billetes de banco. La consecuencia de ésto es una fuerte inflación de dinero, una subida de precios de todos los productos. No se trata de establecer si esta inflación es deseable o no; si fuese posible evitarla la dictadura proletaria se opondría a ella. El fenómeno de la desvalorización del dinero aparece siempre que se

verifica un proceso revolucionario. De cualquier modo que se desarrolle la revolución, tanto si lleva a la asociación de productores libres e iguales como al comunismo de Estado, que llegue un partido a apropiarse de la dictadura o que ésta sea ejercida por la clase proletaria por medio de los Consejos, en cualquier caso aparece la inflación. Luego vendrá una cierta estabilización de las relaciones comerciales, y con ésta llega la estabilización de la moneda.

La vieja unidad de medida ha sido destruída, y sustituida por una nueva. Así ocurrió en Rusia, donde como nueva unidad de medida se puso el *tschernowetz*, en Austria fue el *chelin*, en Bélgica, la *belga*, en Alemania el *marco oro*. Lo mismo hicieron Francia e Italia, aunque mantuvieron los viejos nombres.

El pueblo alemán ha sufrido una lección respecto a la introducción de una nueva unidad de medida. En efecto, en Alemania se estableció sencillamente que a partir de una fecha fijada, un *billón* de la vieja moneda correspondiera a un *marco-oro*. La vida económica se adecuó brillantemente a la nueva situación, y se pasó a la nueva unidad de medida casi sin ninguna dificultad.

Una medida que hizo que todos los pequeños propietarios fueran expropiados.

Con la introducción de la hora de trabajo socialmente medio como unidad de medida, ocurre lo mismo. Apenas funcione regularmente la producción, se anuncia la estabilización y a partir de una fecha específica, todo el dinero es declarado no válido y sólo el *dinero-trabajo* da derecho al producto social. Este *dinero-trabajo* sólo puede ser realizado por las cooperativas.

La improvisada abolición del dinero necesita como condición que junto a todos los productos esté expresado su tiempo de reproducción. Naturalmente, esto no es inmediatamente posible, y se tratará de una estimación bruta, que en algunos casos será muy alta y en otros muy baja. Una vez sin embargo que se haya efectuado el cálculo general de las horas de trabajo, los verdaderos tiempos de reproducción serán rápidamente conocidos.

Los productores, igual que deciden y dirigen sobre la producción, deberán también efectuar los cálculos para transformar el dinero en tiempo de trabajo. Lo único que necesitan para esto, es la «cifra índice»; o sea los «números clave» conocidos con este nombre en los años de la guerra.

Un modo para poderlo *definir grosso modo*, es el de calcular

el tiempo de reproducción socialmente medio para las industrias que producen un producto de consumo de masas o para las llamadas industrias clave del carbón, hierro o potasio. De los libros de contabilidad de las empresas se puede sacar cuántas toneladas de producto han sido repartidas en un cierto período, y a cuánto asciende el *costo de producción* de cada una. Así se puede fácilmente determinar, haciendo abstracción del interés del capital, etc., el número de horas de trabajo empleadas en el proceso. Con estos datos se puede calcular el *valor en dinero* de la *hora de carbón*, de la *hora de hierro* y de la *hora de potasio*, y se puede considerar la media de estas industrias como media provisional general. Con esto no se quiere decir que el «número clave» se encuentre así, pero ésta es una posibilidad, aunque hay muchas formas de llegar al resultado. Como ya hemos dicho, la historia ha demostrado la posibilidad de sustituir la unidad de medida. «La operación financiera mayor y más compleja que jamás se haya intentado» («The new Statesman», sobre la introducción del marco-oro) se realiza, en un país de economía desarrollada, sin grandes complicaciones.

Una vez establecido que, por ejemplo, la media equivalente a 0,80 marcos es una hora de trabajo, cada empresa puede calcular provisionalmente un tiempo de producción de sus productos. En todas las empresas se hace un inventario según el método usual, expresando los valores de marcos. Después se valora el gasto de las máquinas y de los instrumentos, práctica usual en las empresas, y se transforma todo según el índice encontrado. Los cálculos para una empresa de calzado pueden ser, por ejemplo, los siguientes:

Gastos maquinaria	= 1.000 marcos	= 1.250 horas de trabajo.
Cueros, etc.	= 49.000 marcos	= 61.250 horas de trabajo.
Horas trabajadas	=	= 62.500
		= 125.000 horas de trabajo.

Equivalentes a 40.000 pares de zapatos.

Tiempo medio de producción = $125.000 : 40.000 = 3,125$

3. La acusación de utopía

El segundo argumento de nuestros críticos era el de la utopía pero también esto está equivocado porque en todo el estudio no se hacen construcciones referentes al futuro. Nosotros examinamos

sólo las categorías de base de la vida económica comunista. La única cosa que queremos demostrar es que *la revolución proletaria debe encontrar la fuerza para hacer efectivo el uso del tiempo de reproducción socialmente medio*; si no está en condiciones, es inevitable el paso al comunismo de Estado. Este comunismo de Estado no será declarado públicamente, porque hoy está ya muy comprometido, pero se desarrollará bajo una especie de socialismo corporativo que el inglés Cole ya ha presentado en su libro *Self-government in Industrie* (Autogestión en la industria)²⁷ y que ha sido copiado en forma exacta por Leichter. Se trata en cualquier caso de un comunismo de Estado enmascarado, como último intento del mundo burgués por evitar el comunismo, impidiendo la determinación de una relación exacta entre productor y producto.

Por el contrario todo lo que hasta ahora se ofrecía a propósito de la producción y la distribución en el comunismo y que pretendía estar basado en la realidad era en cambio una verdadera utopía. Se hacen proyectos sobre cómo deben ser organizadas las distintas industrias, sobre cómo debe ser abolida la contraposición entre productor y consumidor por medio de determinadas comisiones y Consejos y por medio de qué organismos debe limitarse el poder del Estado, etc. Si tal autor, en sus fantásticas cabriolas, cae en una trampa, si en sus observaciones teóricas surge una dificultad sobre la colaboración de las distintas industrias... la solución se encuentra rápidamente. Se da vida a una nueva comisión o a un Consejo particular. Esto es válido sobre todo para el socialismo corporativo de Cole, *cuya derivación es el llamado socialismo sindical alemán*.

La estructura organizativa del aparato de producción y distribución está funcionalmente ligada a las leyes según las cuales se mueve. Todas las observaciones referentes a esta estructura son

²⁷ 1913. George Douglas Haver Cole forma parte del ala izquierda de los sindicatos antes de la Guerra Mundial. Las reivindicaciones del estatuto de fundación de la federación nacional, National Guilds League, de la cual formaba parte Cole, eran (1915): "Abolición del trabajo asalariado, introducción de la autogestión de los obreros en la industria mediante un sistema democrático de gremios nacionales y en relación con un Estado democrático" de W. Hofman, *Ideengeschichte der Sozialen Bewegung des 19 und 20 Jahrhunderts* (Historia de las ideas del movimiento social de los siglos XIX y XX) Berlín, 1962.

por tanto una construcción utópica, en tanto que no se definen las categorías económicas que pertenecen a esta estructura. Se trata de una utopía que desvía la atención de los problemas fundamentales.

En nuestras observaciones nos hemos mantenido en este terreno: apenas se tocaba la cuestión de la estructura organizativa de la vida económica, simplemente aludíamos a las organizaciones de empresa y a las cooperativas. Esto está justificado porque *la historia* ha mostrado ya estas formas, y por tanto no resultan producto de una fértil fantasía. Hemos tratado la cuestión de los campesinos con mucha reticencia, precisamente porque en Europa Occidental la experiencia en este terreno es muy limitada. Es necesario esperar para ver cómo se organizan los campesinos. Por esto, en lo referente a las empresas agrícolas simplemente se ha mostrado cómo también en éstas el capitalismo ha creado condiciones que justifican el uso del tiempo de reproducción socialmente medio, y se han mostrado algunas consecuencias en este sentido.

De qué modo se relacionan las organizaciones de empresa, y a qué organismos dan vida éstas para que la producción y la distribución funcione regularmente, en qué modo deben ser elegidos tales organismos, y cómo deben ser reagrupadas las cooperativas, son problemas todos que se resuelven según las condiciones particulares, dependiendo de las bases de la producción y la distribución.

Es precisamente ésto, el funcionamiento del aparato productivo, lo que se desarrolla en el socialismo corporativo de Cole, sin tocar sin embargo los verdaderos problemas de las leyes económicas, y por tanto tal forma de tratar el problema carece de valor. Rechazamos por esto decididamente la acusación de utopismo porque la disertación se desarrolla exclusivamente sobre el terreno de la realización de la hora de trabajo socialmente medio y sobre el tiempo de reproducción.

Si se define como utopía la confianza en las fuerzas del proletariado, para imponer el comunismo, entonces ésta es una *utopía subjetiva* que el proletariado debe hacer desaparecer mediante una intensa propaganda.

El único campo en el que aparentemente se nos podría acusar de utópicos es en el de la contabilidad social y el control de la vida económica. Pero sólo aparentemente. Se podría, por ejemplo,

pensar que Leichter da un espacio mayor a las posibilidades de desarrollo, ya que él deja abierta la cuestión de si la regulación de cuentas entre las empresas se realiza *individualmente* en dinero-trabajo o tiene lugar mediante simples giros contables a una sede central; para nosotros es esta segunda hipótesis la que debe ser realizada. Lo esencial, sin embargo, es que nosotros subrayamos la importancia fundamental de la contabilidad social general, como arma de la dictadura económica de la clase obrera, y al mismo tiempo se resuelve la cuestión del control social de la vida económica. La estructura organizativa de la contabilidad y sus particulares vínculos con la sociedad quedan fuera de la disertación.

Naturalmente es posible que la revolución proletaria no tenga bastante fuerza para utilizar este arma fundamental de la dictadura. Sin embargo necesita llegar finalmente a este punto, porque prescindiendo de la dictadura la misma sociedad comunista necesita conocer la cantidad exacta de producto que los consumidores obtienen *sin pagar*.

En otras palabras: deben ser determinados los datos para el cálculo del factor de pago; si no se llega a esto completa o parcialmente, entonces la categoría del tiempo de reproducción socialmente medio no es realizable y el comunismo se derrumba. Entonces no existe otra salida que la de la *política de precios*, y se llega nuevamente al dominio sobre las masas, al comunismo de Estado. Por tanto no es sólo nuestra fantasía la que prefiere la contabilidad social general, sino es una ley económica la que pone esta condición.

Resumiendo brevemente nuestras observaciones tenemos el siguiente cuadro:

En la base de este estudio se encuentra el hecho, empíricamente comprobado, de que en el acto de la toma del poder los medios de producción están en manos de las organizaciones de empresa. La fuerza de la concepción comunista que a su vez está ligada a una clara visión de lo que se debe hacer con los medios de producción, determinará si éstos continuarán afirmándose o no. Si esto se logra, se pasará al comunismo de Estado que experimentará sus intentos, privados de esperanza, de una producción planificada sobre las espaldas de los trabajadores. Entonces será necesaria una segunda revolución que ponga efectivamente los medios de producción en manos de los productores. Si en cambio son las

organizaciones de empresa las que triunfan, entonces la economía no podrá ser regulada más que por medio del tiempo de trabajo socialmente medio, habiendo eliminado el dinero. Es también posible que aparezcan tendencias sindicalistas tan fuertes que los trabajadores intenten autogestionar la empresa, manteniendo el dinero. *El resultado en este caso no es otro* que una especie de socialismo corporativo que conduce al comunismo de Estado (= capitalismo), el nudo de la cuestión de una revolución proletaria, consiste en definir una relación exacta entre productor y producto, y esto sólo es posible realizando un cálculo generalizado del tiempo de trabajo. Esta es la exigencia máxima que puede ser planteada por el proletariado... pero también la mínima, y sin duda es una cuestión de poder por la cual el proletariado debe combatir solo, porque en ningún caso puede contar con la colaboración de intelectuales socialistas o comunistas.

La consolidación de las organizaciones de empresa se basa por tanto en la dirección y gestión autónoma porque ésta es la única base sobre la cual se puede efectuar el cálculo del tiempo de trabajo. Un verdadero torrente de literatura, de América, de Inglaterra y de Alemania demuestra cómo el cálculo del tiempo de producción socialmente medio es preparado por el capitalismo. En el comunismo, el cálculo de (mp + mat. pr.) + ft se hace exactamente como ahora, sólo que con otra unidad de medida, en este sentido la vieja sociedad capitalista cría en su seno la nueva sociedad comunista. La regulación de las cuentas entre las distintas empresas, para asegurar la reproducción de cada una de ellas se hace a través de una nueva contabilización del ciclo, como ahora. También respecto a esto es el capitalismo quien genera la nueva ordenación. El reagrupamiento de las empresas es un proceso que se verifica ya hoy. Es probable que los reagrupamientos futuros sean distintos, ya que se orientarán sobre bases diferentes. Las empresas que hemos definido como por TSG, las llamadas «públicas», existen ya hoy y funcionan como instrumento del Estado de clase. Estas empresas son arrancadas del Estado, y consideradas desde el punto de vista comunista de la sociedad. También en este caso se trata de transformar una cosa que ya existe. El Estado pierde su carácter actual y aparece como aparato de poder del proletariado. Esto impedirá la resistencia de la burguesía... pero no tendrá nada que ver con la dirección de la

vida económica. *Así se habrá puesto a priori una condición para la «extinción» del Estado.*

La separación de las empresas públicas del Estado y su introducción en el resto de la economía exige la determinación de la parte de producto social que se distribuye individualmente, lo que nosotros hemos llamado factor de consumo individual FIC.

Los futuros organismos que se ocuparán de la distribución, también son ya esbozados por el capitalismo. En qué medida serán entonces utilizables las modernas cooperativas de consumo, es otra cuestión, ya que entonces la distribución será organizada de manera distinta. Una cosa sin embargo es cierta, que de las actuales cooperativas se puede extraer una gran experiencia.

Contra poniendo a esto el comunismo de Estado, hay que hacer notar que en éste el dinero no puede desaparecer, porque (v. Kautsky) sólo las empresas maduras serán nacionalizadas, mientras buena parte de la producción trabaja aún con capitales y por tanto se excluye una unidad de cálculo diferente del dinero. Permanece *el mercado*, y así también *la fuerza de trabajo como mercancía*, que debe tener un *precio* en el mercado y por tanto a pesar de las bellas palabras, *el trabajo asalariado no puede ser abolido*. El proceso de la nacionalización que debería ser un acercamiento hacia el comunismo, ofrece perspectivas desoladoras. La estructuración de la sociedad comunista que se está desarrollando es arrancada a los productores y puesta en manos de la burocracia de Estado, que pronto lleva a la sociedad a la fosilización. Desde sus *oficinas centrales* ésta determina *qué* debe ser producido, *cuánto tiempo* y por *cuánto salario* se debe trabajar.

En este tipo de sistema también la democracia debe jugar su papel. Corporaciones y Consejos elegidos garantizan que los intereses de las masas sean respetados. Esta democracia sin embargo es demolida, trozo a trozo, porque en realidad este tipo de gestión centralizada es imposible. A la postre ésta se resuelve en el poder de muchos dictadores individuales, y la marcha de la vida económica se determina por el dominio personal de la democracia. Aquí también la democracia se convierte en un velo que esconde el dominio sobre millones de personas, exactamente como en el capitalismo. En el mejor de los casos los trabajadores obtienen el derecho de participar en las decisiones, lo cual representa una cobertura de las relaciones reales de poder.

El rechazo de la dirección de la administración central de la producción no significa sin embargo, que nosotros nos coloquemos en un terreno exclusivamente federalista. Cuando la dirección y la administración de la sociedad están en manos de las masas, de las organizaciones de empresa y las cooperativas, existen sin duda fuertes tendencias sindicalistas; teniendo en cuenta sin embargo la situación desde el punto de vista de la contabilidad social general, la vida económica es *un todo ininterrumpido*, y existe un punto central cuya función es una dirección y administración de la sociedad, aunque sí una supervisión. La más alta síntesis de la vida económica está en el hecho de que todas las transformaciones de la energía humana en el proceso productivo encuentren su registro en un organismo. Que esto sea una situación caracterizada como centralismo o federalismo, depende desde donde se mire. Efectivamente, puede ser lo uno o lo otro, pues estos términos pierden su significado, para el sistema productivo en su conjunto. La contradicción federalismo-centralismo es eliminada en una síntesis; el organismo productivo se ha convertido en una unidad orgánica.

INDICE

Nota de la Editorial	5
Introducción	11
A manera de prólogo	27
Indice resumido	29
I. PASAR DEL COMUNISMO DE ESTADO A LA ASOCIACION DE PRODUCTORES LIBRES E IGUALES	35
II. LOS PROGRESOS EN EL PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA	51
III. EL PROCESO DE REPRODUCCION EN GENERAL	62
IV. EL TIEMPO DE PRODUCCION SOCIAL- MENTE MEDIO COMO BASE DE LA PRODUCCION	72
V. EL TIEMPO DE PRODUCCION SOCIAL- MENTE MEDIO COMO BASE DE LA DISTRIBUCION	82
VI. EL TRABAJO SOCIAL GENERAL	92
VII. LA DISTRIBUCION COMUNISTA	106

VIII.	PRODUCCION A ESCALA AMPLIADA O ACUMULACION	114
IX.	LA CONTABILIDAD SOCIAL GENERAL COMO RESUMEN IDEAL DEL PROCESO ECONOMICO	126
X.	LA CONTABILIDAD SOCIAL GENERAL COMO CONTROL DEL PROCESO ECONOMICO	131
XI.	EL CONTROL DE LAS EMPRESAS POR TSG O EMPRESAS PUBLICAS	141
XII.	EL TRABAJO SOCIALMENTE NECESA- RIO Y EL TIEMPO DE REPRODUCCION SOCIALMENTE MEDIO	144
XIII.	LA DICTADURA ECONOMICA DEL PRO- LETARIADO Y LA CONTABILIDAD SOCIAL GENERAL	148
XIV.	LA CUESTION AGRARIA Y LOS CAMPE- SINOS	151
XV.	LOS CAMPESINOS Y LA REVOLUCION	156
XVI.	LA REVOLUCION AGRARIA EN RUSIA Y EN HUNGRIA	158
XVII.	EL PROLETARIADO RURAL Y LOS PEQUEÑOS Y MEDIOS CAMPESINOS EN LA REVOLUCION ALEMANA	162
XVIII.	LOS CAMPESINOS BAJO LA DICTA- DURA PROLETARIA	167
XIX.	CONCLUSIONES	170